
EDITORIAL

Tres veces consecutivas *Oración de las Horas* se ha referido últimamente al sacramento de la penitencia: marzo (Los gestos de la celebración de la penitencia), mayo (Participación activa del penitente) y el presente fascículo que trata de la participación activa del ministro en el sacramento del perdón. Y las tres veces tienen además referencia concreta e insistente a los *gestos litúrgicos* de este sacramento.

Hemos de confesar que esta insistencia en valorizar los signos celebrativos de la penitencia no había sido previamente programada. Quizá la reiteración sea debida a una cierta reacción subconsciente que quiere subsanar un fenómeno que va generalizándose en nuestros días: el del excesivo predominio de las palabras en la celebración, el del galopante verbalismo que, hoy tiende, por lo menos en algunos ambientes, a invadir la liturgia dejando poco lugar a cualquier otro elemento simbólico.

Hace unas semanas en una interesante reflexión aparecida en la prensa de Barcelona sobre el III Congreso litúrgico que se prepara en Cataluña para fines del presente mes de junio el monje de Montserrat Bernabé Dalmau escribía unas interesantes reflexiones en torno a las perspectivas de este Congreso; en ellas el articulista mostraba su esperanza de que el futuro Congreso valorara con fuerza y devolviera a la liturgia su dimensión contemplativa que le es propia y que en algunos ambientes parece haberse olvidado. Pero sería conveniente añadir que se trata de una dimensión contemplativa no limitada a las solas palabras celebrativas sino que abarque también la contemplación espiritual de los ritos. Porque si, como afirmaba con razón el articulista, en los últimos años se ha hecho un gran esfuerzo de participación y hoy la liturgia es indudablemente más comprendida y vivida que antes, la simplificación de los ritos y el aprecio por los aspectos didácticos ha conllevado también a menudo un exceso de verbalismo y un olvido a veces alarmante de los restantes componentes de la celebración.

Este olvido, por lo menos práctico, de los ritos externos —a veces incluso el desprecio sistemático de los mismos— este miedo de exteriorizar por medio de gestos los sentimientos religiosos y las realidades evangélicas no es ciertamente un fenómeno nuevo en la historia. A este respecto cabría recordar, por ejemplo, que los protestantes hicieron también sus experiencias en esta misma línea de supresión radical de ritos y que hoy muchos de ellos lamentan este proceder como empobrecimiento. El que con sus labios canta, por ejemplo “Venid, *postrémonos por tierra*, bendiciendo al Señor, Creador nuestro” mientras permanece de pie y sin el menor gesto de reverencia, no deja de caer, seguramente de manera inconsciente, en una cierta contradicción. Tenía razón San Agustín cuando decía a este respecto que “por los movimientos exteriores y visibles del cuerpo se acrecienta el movimiento interior del alma que está en la misma raíz y origen de estos gestos y los sentimientos del corazón que los han precedido ganan en intensidad” (Cf. PAQUIER, *Traité de liturgique*. Delachaux et Niestlé, 1954, p. 85).

Es verdad que el evangelio de Juan insiste en que el culto del nuevo Testamento ha de ser un culto “en espíritu y en verdad” tal como Cristo lo propusiera a la Samaritana” (Jn 4,23-24). Pero conviene recordar que este culto está muy lejos de ser una religión exclusivamente interior, una religión que prescindiera de aquellos gestos y actitudes externas que tienden a dar forma y figura a los sentimientos íntimos. Hoy, pensamos, todos los exégetas estarían de acuerdo en decir que sería un contrasentido interpretar de esta forma un texto tomado precisamente del cuarto evangelio, evangelio todo él dominado, como ningún otro escrito del nuevo Testamento, por el tema de la *encarnación* del Verbo invisible y por el subrayado del *simbolismo* de las acciones que Jesús realizó y que luego, bajo el velo de los sacramentos eclesiales, legó a sus discípulos.

El mensaje neotestamentario de la *encarnación* del Hijo único y de su *resurrección corporal* deberían preveniros del contrasentido que puede representar para los cristianos una liturgia meramente espiritual o cristalizada únicamente en palabras. Tanto la revelación bíblica como la ortodoxia eclesial presentan con claridad una espiritualidad encarnada y vivida siempre con signos materiales como oposición a todos los docetismos o gnosos que se han ido presentando periódicamente en la Iglesia como si fueran más perfectos o más evangélicos.

Hay que reconocer que esta tentación de “puritanismo espiritual”, que de vez en cuando ha germinado en las Iglesias, se ha hecho presente también en nuestro hoy postconciliar. Y con frecuencia se ha

sucumbido en la tentación y se han desvalorizado ante los ojos de los fieles y de sus pastores muchos ritos hasta ayer tradicionales y a veces popularmente muy expresivos. La atención celebrativa con demasiada frecuencia se ha centrado sólo en las ideas y se ha limitado únicamente a las palabras. La indiferencia –por no decir el desprecio– con que a veces se han mirado algunos signos litúrgicos (la variedad de colores y vestiduras, por ejemplo, el incienso, la aspersión del agua, el silencio penitencial de los instrumentos músicos en Cuaresma) son buena prueba de ello.

Ante estos hechos se impone, pues, luchar contra toda visión parcial y empobrecedora de una liturgia sin ritos externos o con ritos tan empobrecidos que finalmente resultan poco expresivos para el pueblo. Nuestras repetidas insistencias en que el sacramento y la penitencia no se limite al diálogo entre el ministro y el penitente –a veces incluso realizado cabe una mesa de despacho para disimular mejor la presencia del “rito”– mientras se olvidan los otros signos penitenciales van precisamente en esta dirección. Como lo va también nuestro frecuente recuerdo de que las celebraciones no omitan ni desvirtuen los signos litúrgicos que nos ha legado la tradición. También persiguen este mismo objetivo las reiteradas insistencias en que no resulta suficiente realizar materialmente los ritos sino que hay que celebrarlos de manera suficientemente expresiva (a través de elementos sensibles verdaderamente “significantes”, como un recipiente de agua bautismal suficientemente grande, o un óleo de los enfermos suficientemente abundante, porque sólo a través de estos elementos material y visiblemente sensibles se capta fácilmente el simbolismo sacramental). Con todo ello quisiéramos se lograra aquel equilibrio entre palabras y signos que es necesario para que la liturgia, continuación de la presencia *visible* del Señor entre nosotros, logre su más plena expresividad y finalidad.

P.F.